

4. Oración: ¿Qué le decimos a Dios después de escuchar y meditar su Palabra?

Ponemos en forma de oración todo aquello que hemos reflexionado sobre el Evangelio y sobre nuestra vida.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.

5. Nos comprometemos con el Reino de Dios y su justicia para transformar la realidad.

Compromiso: Creer en Jesús es aceptar su camino de vida y seguirle. Piensa en la semana cómo mostrar con tu vida que crees en Él.

Llevamos una "palabra". No significa una palabra sola; puede ser un versículo o una frase del texto. Tratar de tenerla en cuenta en todo momento y buscando un momento cada día para recordarla y tener un tiempo de oración cotidiano donde volver a conversarla con el Señor.

6. Oración final.

Señor, tú tienes palabras de vida. Enséñanos a seguirte. Haz crecer en nosotros(as) la semilla de la fe, la confianza y la entrega. Queremos servir a tu Reino, porque Tú eres el Señor de la Vida. Señor, tus palabras nos dan vida y nos llegan al corazón. Creer en ti y vivir como enseñas a veces es difícil y nos pone en crisis. Por esto, danos fuerzas para seguirte y decir como Pedro: *“Señor, ¿a quién iremos?, sólo tú tienes palabras de vida eterna”*. AMÉN.

Padre Nuestro, que estás en el cielo...



1. Oración Inicial.

Señor Jesús, aquí están nuestros oídos, nuestros corazones, nuestra memoria, nuestra inteligencia. Aquí estamos ante ti. Haznos oyentes fieles, sinceros, fuertes. Haznos permanecer, Señor, con los oídos del corazón fijos en tus labios, en tu voz, en cada una de tus palabras, para que ninguna caiga en el vacío. Te rogamos que envíes tu Espíritu Santo; que sea como agua viva que riega toda nuestra vida para que demos fruto. AMÉN.

Cantar: "Espíritu Santo Ven", n° 117 o "Ilumíname, Señor" n° 116.

2. Lectura: ¿Qué dice el texto?

- a) Introducción: La incredulidad de la gente, de los judíos y de muchos discípulos, provoca la confesión de la verdadera fe en Jesús. La Iglesia primitiva, simbolizada por los doce y representada por Pedro, reconoce que Jesús es el Santo de Dios y que sólo él posee palabras de vida eterna. Se ve así la necesidad de la fe en Jesús para comprender su enseñanza. Esta fe es un don que el Padre concede. Abramos nuestros corazones para escuchar la Palabra de Dios.
- b) Leer el texto: Juan 6, 60-69. Leemos este texto de Juan con mucha atención, tratando de descubrir el mensaje de fe que el evangelista quiso transmitir a su comunidad.
- c) Un momento de silencio orante: Hacemos un tiempo de silencio, para que la palabra de Dios pueda entrar en nuestros corazones. Terminar cantando: "*Tu Palabra es luz*", n° 24. Leemos otra vez el texto bíblico.

d) ¿Qué dice el texto?

- 1) Cada uno dice el versículo o parte del texto que más le gustó.
- 2) Recordar el diálogo cuando Jesús habló del pan de vida: ¿Cómo reaccionan ahora muchos de los discípulos antes sus enseñanzas? ¿Qué dicen?
- 3) ¿Cuál es la respuesta de Jesús?
- 4) ¿Qué hicieron muchos de los discípulos después de escuchar las palabras de Jesús?
- 5) ¿Qué pregunta Jesús luego a los Doce apóstoles? ¿Qué responde Pedro?
- 6) Leemos la hoja "Para profundizar más".

3. Meditación: ¿Qué nos dice el texto hoy a nuestra vida?

- a) Creer en Jesús y seguirlo no es fácil, ¿Qué te exige en tu vida creer y seguirlo a Él?
- b) "*Esta palabra es dura: ¿quién la puede escuchar?*" ¿Sentimos que la Palabra de Dios es dura? ¿Cuándo? ¿Serán duros más bien nuestros corazones que no quieren obedecerla?
- c) ¿Existen personas que ya se "*echaron para atrás*" y dejaron a Jesús para seguir su propio camino? ¿Por qué pasan estas cosas?
- d) ¿Nuestra fe nos hace descubrir a Dios no sólo en el cielo sino en la tierra, en la historia, en la vida de las personas? ¿Encontramos realmente a Dios en la vida diaria?
- e) ¿Cuál es el mensaje del texto para nuestra vida hoy y qué podemos hacer en concreto para que se haga realidad en nuestra vida?

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN JUAN 6, 60-69

1. El texto en su contexto. El texto de hoy es la última parte del capítulo sobre el pan de vida y la eucaristía (Jn 6). Como momento final, y ante las afirmaciones sobre Jesús y la eucaristía, se presenta el cuestionamiento de los oyentes que no aceptan que Jesús pueda dar la vida eterna. Se habla, incluso, de discípulos que, escandalizados, abandonan a Jesús. Y supuestamente abandonan también la comunidad que creía en esa forma de comunicación tan íntima de la vida del Señor resucitado. Pero la eucaristía es solamente un anticipo. La unión con Él, nos dice, supone mucho más: al igual que Él “*va a subir a dónde estaba antes*”, el que “*come su pan tendrá vida eterna*”.

2. Las palabras de vida eterna. Los interlocutores de Jesús a lo largo de todo el relato: la gente (Jn 6,22), los judíos (Jn 6,41) y los discípulos, que después le abandonan, son las mismas personas con distintos nombres. Los distintos nombres se refieren a aquellos que se entusiasmaron con Jesús en un primer momento, considerándole como un profeta de Nazaret, hijo de José (Jn 1,45; 6,42), pero que no se decidieron a dar el paso necesario para la fe cristiana: la aceptación de Jesús como el Hijo de Dios y el compromiso de seguirlo en el camino de la cruz.

3. La Eucaristía: recuerdo y futuro. La Eucaristía no se celebra solamente como memoria del pasado, de la muerte de Jesús en la cruz y su resurrección. Es también un sacramento que adelanta la vida que nos espera tras la muerte. Esto es lo admirable de la misa. Por eso Jesús le pregunta a sus discípulos, a los que le quedan, si están dispuestos a llegar hasta el final, a estar con Él siempre, más allá de esta vida. E incluso les da la oportunidad de poderse marchar libremente. Las palabras de Pedro, que son una confesión de fe en toda regla, descubren lo que ha de ser la verdadera respuesta cristiana: «*Señor, ¿a quién iremos?, sólo tú tienes palabras de vida eterna*». ¡Qué útil sería

examinar nuestras misas...! ¿Nos mueven en dirección a Jesús, en dirección hacia lo que Él llamaba el Reino de Dios? ¿Van cambiando nuestro modo de pensar y actuar? ¿Nos hacen capaces de ver a Dios entre los desheredados de la vida? Porque el mismo Jesús que nos dice “*Yo soy el Pan de Vida*” (Jn 6, 35), nos dice también: “*tuve hambre y me diste de comer, cada vez que lo hicieron con mis hermanos más pequeños, era conmigo mismo con quien lo estaban haciendo*” (Mt 25,35).

4. Las palabras de Jesús chocan con la mentalidad de hoy. Hace veinte siglos parecía inaceptable que una persona pudiera comunicar un mensaje tan exigente y tan liberador. Hoy, seguimos en el mismo plan: tratamos de endulzar las palabras de Jesús para que no hieran ni cuestionen. Pero, la palabra de Jesús nos lleva a cuestionar la vida diaria. A veces, incluso, decimos como los discípulos: “*este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?*”. De hecho, muchas personas hace tiempo que se «*echaron para atrás*» y agarraron su propio camino. No se atreven a criticar abiertamente a Jesús, pero se contentan solamente con llevar en su memoria el recuerdo de su bautismo y el aval de su primera comunión. Pero si queremos seguir a Jesús, la única respuesta posible es un «*sí*» firme, un «*amén*» decidido y generoso. Decirle que queremos seguirlo y queremos ser como él; que no deseamos contentarnos con lo que nos ofrece el mundo, sino que deseamos caminar con Él el difícil camino del pueblo de Dios en la historia. Para aquellos que anhelamos escuchar la voz del Maestro, no existe otra respuesta que la de Pedro ante el desafío de Jesús: «*Señor, ¿a quién iremos?, sólo tú tienes palabras de vida eterna*».

5. Palabras creíbles: Muchos hombres y mujeres de hoy no han tenido nunca la suerte de escuchar con sencillez y de manera directa las palabras de Jesús. Su mensaje les ha llegado, muchas veces, desfigurado por demasiadas doctrinas y discursos. Uno de los mayores servicios que podemos realizar en la Iglesia es poner la persona y el mensaje de Jesús al alcance de los hombres y mujeres de nuestros días.

La gente no necesita escuchar nuestras palabras sino las tuyas. Sólo ellas son «*espíritu y vida*». Qué lindo que nos reunamos para escuchar su Palabra, comentarla, rezarla y comprometernos a vivirla cada día con la ayuda y la fuerza de su Espíritu. Gracias, Dios Padre.